

TÍTULO: UN NEGOCIO REDONDO

Vivo en un barrio de las afueras de Manhattan. Mi casa, vieja y destartada, está situada en el tercer piso de un edificio de fachada verde llena de grafitis y desconchones. A este barrio no llegó el plan de saneamiento con que al alcaide Taylor se le llenaba la boca en plena campaña electoral. Bueno, al fin y al cabo, los políticos nunca cumplen lo que prometen, deberíamos saberlo. Como decía, mi casa es extremadamente vieja y no me sorprendería en absoluto que un día se desplomara. El edificio forma una hilera de altura desigual junto con otros edificios de varios colores, que nada tienen que ver con un plan de ordenación urbanística. A principios del siglo veinte nadie se planteaba esas cosas y se construía según la oportunidad y el precio del terreno.

Cuatro escalones desde la calle, con barandillas desdentadas a ambos lados, dan paso a un portal de paredes oscuras y grietas como ríos de lodo. Hace muchos años que vivo aquí y no recuerdo que se pintara jamás. A lo sumo, me viene a la cabeza la imagen de Laura, la vecina del segundo izquierda, frotando la pared con jabón y un cepillo de cerdas desgastado. Intentaba borrar las lindezas que le había dedicado el viejo Charlie Morris, alguna vez que ella se negó a sofocar sus calenturas primarias. Y es que en este edificio cada uno vive como le viene en gana, y puedes tardar más de un mes en cruzarte con alguien en la escalera.

Actualmente solo quedamos seis viviendo en el edificio. Krystal, la fulana que vivía en el ático, se mudó hace ya más de ocho meses. Seguramente reunió bastante pasta y buscó un lugar más apropiado para su negocio, aunque no me extrañaría que hubiera tomado la decisión de irse el día que la palmó un cliente, desplomado sobre el último peldaño de la escalera, justo antes de llegar al ático. Los ciento veinte kilos de aquel hombre rodaron escaleras abajo dando tumbos contra la pared, hasta llegar al primer descansillo. Todavía hay dos listones de madera rotos por el golpe que dio con la cabeza.

En el segundo derecha vive Charlie Morris, veterano de no sé qué guerra porque no sabría decir a ciencia cierta su edad, y que tiene por costumbre joder a los vecinos siempre que puede;

claro que conmigo no se atreve. La primera vez que me paró en la escalera y me pidió veinte dólares a cambio de su protección, sintió el cañón de mi Smith and Wesson nueve milímetros apoyado contra su mejilla y pensó que tal vez no era yo el cliente más adecuado; su vecina de enfrente, Laura Button, apagafuegos ocasional de profesión y cantante retirada de cabaret, vive de una pequeña pensión que le quedó del sindicato de artistas. Su hijo Tony, que trabaja vendiendo "hot dogs" en el ferry de Staten Island, la ayuda a salir adelante. En el primero izquierda vive Martino Bellini, un buscavidas de mediana edad, nieto de inmigrantes italianos, que se dedica al menudeo del polvo blanco y las pastillas, y al que le gusta vestir trajes de doscientos dólares aunque haya días que no tenga ni para tomar un güisqui en la taberna de Brandon. Y por último, Phillip y Amanda Grey, un matrimonio de viejos, que la última vez que salieron a la calle fue hace siete años, cuando a una vecina que vivía en el cuarto derecha no se le ocurrió otra cosa que encender la estufa con trozos de papel mojado en aceite, para que prendiera antes. Menos mal que por una vez el cuerpo de bomberos actuó con rapidez y pudieron sacar al matrimonio por la escalera de incendios. Desde aquel día no los he vuelto a ver. Entre los dos suman casi doscientos años y una buena pensión, así que encargan por teléfono las viandas a la tienda de la esquina. Tommy, el chico del supermercado, les sube cada semana el alimento que necesitan y una botella de Jack Daniel's. Yo creo que duran tanto porque en vez de sangre llevan bourbon en las venas.

La vieja de los papeles mojados en aceite, no sé si por el susto y la impresión de las llamas, o porque al estar respirando humo más de dos horas tenía los pulmones negros como el fondo de una mina, murió al mes del incendio. Nadie la echó de menos. La mayoría pensábamos que estaba loca y que cualquier día podía hacer volar el edificio por los aires. Que Dios se apiade de su alma.

Yo me llamo Andrew Potter y me dedico a nada. Sí, aunque no se lo crean vivo de la nada. O al menos de nada que resulte productivo. Hace años tomé la decisión de no trabajar y hasta la fecha he conseguido cumplir aquel objetivo. Pero no crean que es fácil. Esta mierda de vida te exige aguzar el ingenio cada día más. Antes era bastante sencillo embaucar a cualquier pardillo y sacarle unos cuantos dólares con los que ir tirando, pero ahora las cosas se han puesto realmente

complicadas. Con lo cómodo que sería no tener que pensar en cómo pagar la comida, las facturas e incluso el sexo. Vivir tendría que ser gratis. Sobre todo, el sexo.

Hace dos semanas bajaba yo por las escaleras y al oír una conversación en el portal me detuve un instante en el último descansillo. Alguien intentaba confirmar la dirección que llevaba escrita en un papel.

—Por favor señora, ¿es este el número cuarenta de Baker Street?

El que hablaba era un hombre de mediana edad, elegantemente vestido y que calzaba unos zapatos de noventa dólares, que relucían tanto que parecían recién brillantados. En el portal, Laura que andaba enfrascada en una pelea con Charlie, le preguntó:

— ¿Señora me ha llamado...? Pero, ¿se puede saber qué busca Vd. en un lugar como este?

—Me preguntaba si vive aquí por casualidad Krystal —dijo el hombre muy educadamente.

— ¿Krystal? Hace ya más de ocho meses que se marchó de aquí. Sí, hombre, cuando un fulano que la acompañaba la palmó justo antes de llegar al ático. ¿Te acuerdas Charlie? —preguntó Laura soltando una carcajada que retumbó contra el hueco de la escalera.

—Sí, ya sé que murió un hombre aquí hace unos meses. Llevo semanas intentando localizar a Krystal y no crea que ha sido fácil. Me ha costado mucho esfuerzo dar con su paradero.

En ese momento me incorporé a la conversación. Bajé el tramo de escalera que me faltaba y llegué hasta el portal. El hombre, bien trajeado, con un abrigo de varios cientos de dólares doblado sobre unos de sus brazos y sujetando el sombrero entre las manos, continuó explicándose.

—Miren, la persona que murió en este edificio era mi padre, John Benson. No era la primera vez que mi padre se veía con Krystal. A decir verdad, mantenía con ella una relación desde hacía algún tiempo y ese es el motivo de mi búsqueda. Cuando hemos revisado los documentos de mi padre después de su muerte, hemos encontrado un sobre a nombre de Krystal, con una importante suma de dinero y unas instrucciones de su puño y letra para que se le entregaran personalmente. Se ve que apreciaba mucho a esa mujer.

Charlie permanecía con la boca tan abierta como el desagüe de una cloaca. Laura había dejado de reír, y yo miraba a aquel hombre y solo veía fajos de billetes de dólar revoloteando a su alrededor.

— ¿Y dice Vd. que su padre dejó una importante cantidad de dinero a nombre de Krystal?
—pregunté, ingenuamente.

—Así es, y por eso necesito encontrarla. ¿Saben Vds. por casualidad su nuevo domicilio?

—Acaba Vd. de encontrarla Mr. Benson —dije, esgrimiendo mi mejor sonrisa. — Charlie tráeme las llaves del ático de Miss Krystal que voy a acompañar a Mr. Benson mientras nos ponemos en contacto con ella.

Charlie fue a por las llaves y subimos los cuatro pisos y medio de escaleras hasta el antiguo apartamento de Krystal.

—Pase y acomódese. Enseguida tendrá noticias de ella.

Salí del apartamento, cerré la puerta con dos vueltas de llave completas y bajé hasta el primer descansillo, el de las maderas rotas, en el que me esperaban Laura y Charlie. Nos dirigimos a mi apartamento sin decir ni una palabra. El éxito de aquella operación sería no decir nada a nadie. Los viejos no se iban a enterar porque no salían del apartamento ni para tomar el aire, y "el italiano" estaría durmiendo la mona de la noche anterior, así que tampoco nos daría problemas.

Lo primero que debíamos hacer era estudiar la manera de sacarle la pasta al tal Benson. Él no conocía a Krystal y podíamos traer a alguien que se hiciese pasar por ella. Laura propuso a su sobrina Lucy, pero desechamos la idea al instante. Lucy, la pobre, era tan fea que ni como fulana hubiera sido capaz de ganarse la vida. Desde luego no era el tipo de mujer de la que se enamoraría el individuo que la palmó en el ático.

Y en esas estábamos. Teníamos encerrado a ese hombre desde hacía una hora y no sabíamos qué hacer con él. Morris, con la sutileza que le caracteriza, propuso que le diéramos un tajo en el gaznate y cogiéramos directamente la pasta. Menos mal que conseguí tranquilizarlo. La cosa es que había que actuar rápidamente porque si no el tío podía empezar a ponerse nervioso. Subí un par de

veces al apartamento de Krystal y lo calmé diciéndole que casi la habíamos localizado. Yo creo que la media botella de Johnny Walker etiqueta negra que se descargó mientras esperaba, ayudó bastante a que se tranquilizara.

Por fin, Laura tuvo una idea. Debo reconocer que era tan buena que lo lógico es que se me hubiera ocurrido a mí, pero la falta de sexo y los potenciadores de sabor de la comida enlatada me deben estar oxidando las neuronas.

Hace varios años, en el entresuelo izquierda vivió Clarita, una muchacha que, aunque no llevaba una vida demasiado ordenada, nunca tuvo demasiados problemas con los vecinos. Vivía con su madre y al fallecer esta, sorprendentemente tuvo como una especie de iluminación y se metió a monja de clausura. Decía que había visto a Dios y que le reclamaba dedicación completa a él durante el resto de su vida. Digo yo que habrá otras cosas en las que pensar aparte de Dios, pero bueno, allá cada cual con sus pensamientos. La idea era que suplantara a Krystal a cambio de unos pocos dólares que haríamos como aportación a su congregación. Por otro lado, a Benson le diríamos que Krystal donaría toda la fortuna al convento, y así quedaría conforme porque al final la pasta sería para una buena causa.

Laura se puso su chaqueta de punto, cogió del cuartucho de la portería un montón de cartas, recibos y facturas impagadas a nombre de Krystal, y salió a toda pastilla hacia el convento de las Hermanas de la Caridad para preparar el plan. Laura siempre se llevó bien con la tal Clarita y sabía que ella aceptaría el trato.

—Mr. Benson. Hemos localizado a Krystal —dije, nada más traspasar la puerta del ático.

La imagen de Benson recostado en el pequeño sofá de terciopelo rojo, con un vaso vacío en la mano y la botella de Johnny Walker tirada sobre la alfombra del salón, me hizo pensar que nuestro plan tendría éxito.

—Tiene que acompañarme. Debemos ir a visitarla al convento en el que se encuentra recluida.

— ¿Convento? ¿Cómo que un convento? ¿Pero esa Krystal no era una fulana? —dijo Benson atropellado por las ininteligibles palabras que salían de su boca. Me recordaba esa sensación, bastante familiar por otra parte, que tienes cuando las luces dan vueltas a tu alrededor y la lengua, gorda como un neumático hinchado, no te cabe en la boca.

—Vamos, póngase el sombrero y acompañeme. Ah, y no olvide la cartera y los documentos. La pobre Krystal no está autorizada a recibir visitas, aunque hemos conseguido un permiso especial de la madre superiora de la congregación para que pueda Vd. cumplir los deseos de su padre.

El convento estaba a seis manzanas de Baker Street. Laura había llamado a Charlie para decirle que la monja suplantaría a Krystal, pero que el precio sería más elevado de lo que habíamos pensado. La verdad es que la muchacha del entresuelo izquierda conservaba las buenas costumbres de antaño. En pocos minutos llegamos. Benson sacó un billete de veinte dólares y pagó el taxi. Charlie, pendiente de no desaprovechar ninguna oportunidad, recogió las vueltas mientras yo ayudaba a Benson a salir del vehículo. El aire fresco de la calle había conseguido despejarle un poco la cabeza, aunque todavía era incapaz de tenerse en pie por sí solo, así que tuve que ayudarle a caminar. Cruzamos la calle, y en la puerta del convento encontramos a Laura impaciente.

—Venga, daos prisa. Clarita, digo... Krystal nos espera dentro. No tiene mucho tiempo antes del rezo de media tarde.

Llevábamos a Benson sujeto por el abrigo entre Charlie y yo, porque dudo que hubiera sido capaz de subir los tres escalones que daban acceso a la pequeña salita en la que nos esperaba la falsa Krystal. Al llegar, Laura abrió la puerta y al fondo, medio oculta por la penumbra, apareció la silueta de una monja sentada en un taburete con las manos recogidas sobre el regazo. Parecía una escena de esas de película que cualquiera diría que era real. La verdad es que Laura había hecho un trabajo fantástico en poco menos de una hora.

— ¿Miss Krystal? —preguntó Benson dirigiéndose a la monja.

—Sí, soy yo, Mr. Benson, aunque ahora preferiría que me llamara hermana Krystal. Déjeme que le diga que tiene Vd. la misma voz que su padre —dijo agachando la cabeza e iniciando un

atisbo de sollozo que nos conmovió a los que estábamos en la sala. La verdad es que la tía era una comedianta de primera. Seguramente hubiera podido ganarse la vida como actriz. Benson se sentó junto a ella y comenzó a hablar.

—Mire hermana, me ha costado mucho encontrarla, y lo he hecho con el único propósito de cumplir los deseos de mi padre. Debe Vd. saber que él la adoraba.

—Yo también le quise mucho Mr. Benson, y durante un tiempo no me lo podía quitar de la cabeza. Afortunadamente el Señor me llamó junto a él y me enclaustré en este convento, en el que consigo a duras penas sobrellevar mi vida dedicada a la oración y el silencio.

Laura y yo nos mirábamos estupefactos ante la actuación estelar de la muchacha. Cualquiera hubiera creído que era la verdadera Krystal. Mientras tanto, Charlie escudriñaba los pocos objetos que había en aquella salita por si alguno de ellos tuviera algo de valor con que sacar unos dólares en la calle.

Poco a poco Benson había ido recobrando la lucidez y hablaba cada vez con mayor soltura.

—Mire hermana; mi padre dejó a su nombre un paquete con veinte mil dólares en efectivo, y dejó escrito que se le entregaran personalmente. Y ese es el motivo de mi visita.

—Su padre siempre fue un hombre muy generoso, se lo puedo asegurar. Como comprenderá mis necesidades aquí dentro no son importantes, pero ese dinero vendrá muy bien para atender las obras de caridad que el convento realiza a diario entre los más desfavorecidos.

¡Qué labia, qué manera de hablar! Ni yo mismo lo hubiese dicho mejor. Benson estaba subyugado y acariciaba el dorso de la mano de Krystal mientras esta, modosita y con la cabeza gacha, esbozaba una leve sonrisa de complacencia.

—No obstante hermana, comprenderá que debo comprobar que es Vd. quien realmente dice ser. No me perdonaría cometer un error, no tanto por el dinero, sino por no cumplir al final uno de los últimos deseos de mi padre.

—Le entiendo perfectamente Mr. Benson. Al decirme Laura que Vd. quería verme he cogido algunos antiguos papeles que tenía guardados de cuando vivía en Baker Street. Como podrá comprobar corresponden a la época en la que su padre aun vivía, y están todos a mi nombre.

Clarita sacó de un bolsillo del hábito el montón de cartas, recibos y correspondencia que le había suministrado Laura una hora antes, y se los entregó a Benson. Este comenzó a revisarlos mientras la hermana Krystal le iba indicando detalles de los papeles y de vez en cuando dejaba caer una lágrima, insinuando que este o aquel documento le recordaba especialmente a su padre. Pasados unos minutos, Benson recogió los documentos y dijo:

—Hermana, guárdese estos papeles que ya veo que alguno de ellos le trae recuerdos amargos y no me gustaría causarle mayores tristezas con mi presencia aquí.

¿Qué te parece? La monja llorando por unas facturas impagadas, y el otro diciendo que entendía que le trajeran recuerdos amargos. Joder con la hermana, qué manera de embaucar al pipiolo. Desde luego hubiera podido trabajar en Broadway si lo hubiera querido.

Benson abrió la cartera de piel que había mantenido sujeta entre las piernas mientras hablaba con Krystal, y sacó un sobre de esos acolchados que se usan para enviar paquetes gordos por correo. La cosa es que abultaba bastante. Lo puso entre las manos de Krystal, o Clarita, o como se llame, y cerrándolas sobre el paquete dijo:

—Creo que el dinero de mi padre no podría estar en mejores manos que las tuyas, hermana. Estoy seguro de que sabrán darle un uso adecuado.

—Gracias Mr. Benson. Los pobres y los desfavorecidos estarán siempre agradecidos a la generosidad de su padre. Rezaremos por él todos los días. Y ahora, si no les importa me retiro al interior del convento, que ya es la hora del rezo.

¿Cómo que al interior del convento? Con la mirada le hice un gesto a Laura para que no perdiera de vista a la monja. Mientras, entre Charlie y yo le pusimos el abrigo y el sombrero a Benson y lo acompañamos a la calle. Allí, paramos un taxi y lo montamos de un empujón en el asiento trasero.

—Bueno, ya ve como al final se ha solucionado todo y Vd. ha podido cumplir los deseos de su padre —dije dando un portazo.

—Sí, debo agradecerles que me hayan ayudado a...

—Sí, sí, muchas gracias —interrumpí. —Que tenga un buen viaje.

Cogí a Charlie por el brazo y corrimos al interior del convento a recoger el botín que tan primorosamente nos habíamos ganado. Le iba a pegar un beso a la monja que se iban a enterar hasta en la Catedral de San Patricio. Al llegar a la salita, Laura se movía nerviosa de un lado a otro negando con la cabeza. De Clarita, ni la sombra.

— ¿Dónde está la monja? —pregunté ansioso.

—No lo sé. Cuando me he querido dar cuenta había desaparecido detrás de unas verjas que hay en el jardín.

—Será golfa, la muy... —gritó Morris— Juro que le rebano el pescuezo como no aparezca con la pasta. Lo juro por mis muertos.

Y allí estábamos los tres maldiciendo a la tal Clarita, que tenía de todo menos caridad cristiana, porque al final se había quedado con nuestra pasta. Después de la obra maestra que habíamos organizado para sacarle al pánfilo los veinte mil dólares, y ahora esta mojjigata de tres al cuarto nos quería levantar las ganancias.

Al poco rato y después de haber preguntado varias veces por la hermana Clara a la monja que recibía a las visitas en la entrada, una voz desde el otro lado de una puerta gruesa de madera, dijo:

—Soy Clara. Ya sé que habíamos llegado a un trato, pero debo pensar qué es lo mejor para todos.

— ¿Cómo para todos? Oye bonita, ni me importas tú, ni tus pensamientos. Como no sueltes la pasta en este momento le pego fuego al convento y tiene que salir en enaguas hasta la madre superiora —contesté gritando, mientras con las manos intentaba sujetar a Morris que quería asaltar a tiros el convento.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Clarita. — Dejarme un par de días para pensar y ya veréis cómo se soluciona todo. Es un dinero que los pobres necesitan, pero también es verdad que vuestra parte os pertenece según el trato al que habíamos llegado. Venid a verme pasado mañana y os devolveré lo acordado.

Al momento, se oyó el ruido de unos pasos alejándose del lugar en el que nos encontrábamos los tres con las orejas pegadas a la puerta. Morris quería matarla allí mismo. Laura decía que jamás pensó que nos pudiera hacer eso y yo, pensando que dos días no era demasiado tiempo, decidí que lo mejor sería que nos fuéramos. Al fin y al cabo, la teníamos localizada y a las monjas de clausura no les está permitido salir del convento, así como así. No obstante, decidimos hacer unos turnos de vigilancia ante la puerta del convento por si acaso se le ocurrían ideas peregrinas que pusieran en peligro nuestra pasta. Veinte mil pavos, menos el diez por ciento que habíamos acordado para Clara, era una fortuna. Las cuentas salían a seis mil dólares limpios para cada uno y no estábamos dispuestos a dejarnos engañar por una monja de pacotilla sin escrúpulos.

Dos días y dos noches pasamos frente a la puerta del convento haciendo turnos de ocho horas. El día señalado nos presentamos allí de nuevo y preguntamos por la muchacha a una monja más vieja que el General Custer, que se entretenía barriendo la entrada.

—Buenas tardes. ¿Puede avisar a la hermana Clara, por favor?

— ¿La hermana Clarita? Qué desilusión. Fíjese que siempre pensé que seguiría con nosotras toda su vida, pero ya ven Vds., ayer mismo dijo que había perdido la fe y pidió a la Madre Superiora que le retirara los hábitos porque quería salir del convento cuanto antes.

—Pero, ¿cómo que se ha ido? ¡Eso no es posible, tiene nuestra pasta! —grité, desencajado.

Morris agarró por las solapas a la monja de la puerta, que comenzó a zarandearse como si estuviera subida en un tiiovivo. El rosario de aquella mujer se balanceaba de un lado a otro mientras gemía y sollozaba pidiendo que la dejásemos en paz. Laura daba vueltas sobre sí misma y no dejaba de repetir: "tenía que habérmelo imaginado, tenía que habérmelo imaginado..."

Morris soltó a la monja y siguió profiriendo tal tipo de exabruptos y blasfemias que por respeto a Vds. omitiré. Mientras se recomponía el hábito, la monja soltó:

—Antes de irse dejó unos sobres para las personas que vinieran preguntando por ella, que no me cabe duda de que son Vds.

— ¿Unos sobres? —preguntamos a la vez, como si lo hubiéramos ensayado en un coro, mientras nos abalanzábamos sobre la vieja. Se acercó a la mesita que había cerca de la puerta y del cajón sacó tres sobres con los nombres de cada uno de nosotros. No eran demasiado abultados, así que inmediatamente supe que no era la pasta. Laura y Morris rasgaron nerviosos los sobres y solo encontraron un billete de cincuenta pavos, una estampa de Santa Ana y una nota que decía:

"Ya sé que no es lo acordado, pero al menos podréis disfrutar de una buena comida. Pensad que Santa Ana os ayudará a pasar este trago. Bye, bye, muchachos".

Y la vida sigue dos semanas después, en este edificio que cualquier día se va a desplomar. Los viejos del Jack Daniel's sin dar señales de vida, Bellini pasado de rosca por las pastillas y el alcohol, y Laura y Charlie echándose mutuamente a la cara el fracaso del negocio. Como dije antes, la vida está más difícil cada día y habrá que estar más listo la próxima vez.

Al menos con los cincuenta pavos pude practicar sexo y olvidarme por un par de días de la comida enlatada.